

# Cervantes y Don Quijote

Por el DR. JOSE MARIA MARTINEZ VAL.

Catedrático y Abogado.—Director del Instituto de Estudios Manchegos,

## I. MOTIVO

**E**L paso del año 1947 nos ha señalado—inexorable— una efemérides: el IV Centenario de Cervantes. Su presencia ha removido fondos de españolismo y nos ha vuelto a poner en contacto con videncias y tipos prodigiosos. Todo un mundo —real, histórico o fingido— ha surgido al conjuro del recuerdo, embellecido por la perspectiva histórica y por la ilusión. Cervantes, desde el principio, se nos apareció, en la majestad de su fama centenaria, trayendo un mensaje de luz a este mundo de sombras, todavía entenebrecido por nubes de explosiones recientes o actuales y más aún por esos impalpables, pero gravísimos cendales de odio que se interponen entre los corazones de los hombres.

La obra de Cervantes, seguramente el más palpitante trozo de humanidad hecho literatura, venía a mostrarnos como los más opuestos tipos reales y los más fantásticos sueños del ideal pueden convivir, señalando a cada uno la meta de una jornada de aventuras o desventuras,

que se convierte en puerta de una posada eterna. El mensaje de Cervantes es luz cristiana; o si se prefiere, pues él fué soldado, su palabra —la más bella de nuestro romance castellano— «espada del Espíritu», como quería la Escritura.

Con este motivo del IV Centenario, por vocación cervantina y por obligación docente, hemos tenido que hablar y escribir muchas veces. Siempre, en diversas maneras, hemos intentado desvelar, con fervor apasionado, el sentido de ese mensaje cervantino. Sobre la pirámide de interpretaciones —eruditas o poéticas— hemos querido, en toda ocasión, poner nuestra visión personal, de un hombre joven del siglo XX que ve en Cervantes su capitán de Hispanidad. Hemos tenido la fortuna de hablar sobre Cervantes ante los más varios auditorios españoles: de Cataluña y Galicia; de Andalucía y Extremadura; de la Mancha, en fin, cuyos pueblos de más solera quijotesca —El Toboso, Campo de Criptana, Tomelloso, Ciudad Real— nos han requerido en muy singulares y destacadas ocasiones.

Queremos ahora, en una breve síntesis, diríamos en un búcaro de pliegos impresos, recoger aquella palpitación emocional que pusimos a volar, en nuestra palabra, bajo todos los cielos de España.

He escuchado un largo año la Voz de Cervantes. En estas páginas van mis respuestas —calientes, vivas— al alto magisterio español de su palabra.

## II. PLANTEAMIENTO

Cervantes y Don Quijote —persona real y creación poética— tienen ya cuatro siglos. ¡Una venerable anti-

güedad! Cuatro siglos de popularidad y otros tantos de erudición son bastantes para que los hombres hayan cubierto al creador y a la criatura con toda clase de materiales: filología, pintura, grabado... Y hasta los hayan mutilado otra vez, en Lepantos incruentos de Minervas infieles o erudiciones correctivas. Por eso, sobre Cervantes y su más conocido hijo —Don Quijote—, hay necesidad de poner un enfoque adecuado, original. Pero la originalidad, en este caso, agotadas con exceso todas las fuentes de interpretación, no es alumbrar una última visión— ¡después de tantas!— ni dar una definitiva calificación profesoral imposible. Es —más sencillamente— volver los dos personajes a su origen, ponerlos en su época, hacerlos vivir en su propio nivel histórico e intentar ver —por fin— su singladura en el trayecto tetrasecular y el blanco que alcanza su flecha en el cuarto centenario.

No creo yo —salvando todos los respetos— en cuartas y últimas salidas de Don Quijote. Para nuestra generación ha tenido la suya. Para otras generaciones, otro será el rumbo. Mas, por lo que a nosotros respecta, con que su aventura por el ancho campo de nuestra vida haya señalado —lanza en ristre, lanza en mente y en corazón— el endriago demoniaco que nos amenaza, será bastante. Porque la definitiva lección de Don Quijote —de Cervantes— trasciende aventuras y malaventuras y se ciñe sobre la tentación del existencialismo y del episodio novelesco, a un eterno saber de salvación.

Los cuatro siglos de más extensa creación cultural europea —del XVI al XX— han visto concentrarse sobre Miguel de Cervantes las más potentes luminarias mentales. Sería vano —y hasta ridículo— citarlos. No hay poeta, artista, hombre de Estado o científico, verdaderamente

próceres, en su esfera, que no hayan apacentado su espíritu en «El Ingenioso Hidalgo». Y sin embargo, como ha hecho patente José María Pemán en su análisis de las interpretaciones del Quijote, tras tanto vericuetos, muy pocos son los que han visto en el alto, espigado y caricaturesco personaje lo que realmente es: un hombre, EL HOMBRE, así, sin apellidos ni calificaciones: como una categoría universal.

Y en torno a ese «hombre», como escena cósmica y séquito humano, también sin necesidad de calificativos, con sustantiva entereza, enhiesta como marco de enterizo perfil para el retrato, otra categoría universal: la VIDA.

Y más allá del «hombre» y de la «vida», apuntando eternidad —otra vez lo universal— la MUERTE...

Recojamos en un punto este largo arabesco de la originalidad y el contenido, para escuchar la Voz: «En un momento universal de España, un hombre universal —Cervantes— crea una obra y un personaje universal: Don Quijote de la Mancha».

### III. EL MOMENTO

El Doctor Marañón, en «El Secreto del Greco», ha escrito: «Todo genio es el producto de tres azares —y por eso hay tan pocos genios—: el azar de la excelstitud del alma; el de que el alma genial encuentre su ambiente propicio; y todavía, el de que el alma y el ambiente se encuentren en el momento justo, exacto, en que el uno y el otro se puedan fecundar».

Si sobre este juego de azares —tres dados echados en el tablero de la Historia— se pone el dedo de la Providencia, el diagnóstico de Marañón es completo y exacto.

El momento de España, en la conjunción de la excelstitud de Cervantes y su ambiente, fué seguramente el más universal de su Historia. En un despacho del Escorial —mesa sencilla, vargüenos labrados, esferas armilares, terciopelos rojos y un Cristo de marfil de Benvenuto Cellini— que todavía hoy impresiona con la grandeza de su austeridad, Felipe II hacía pasar bajo el sosiego de su prudencia toda la política del Mundo. Pero esto —con ser mucho— casi no significa nada en comparación con las procelas espirituales que, por aquellas calendas, embravecían las almas, torciéndoles el rumbo cierto del cristianismo esencial de la Edad Media en trayectorias nuevas e ignoradas, cuya meta sangrienta, diabólica, de condenación, no se ha desvelado plenamente hasta nuestros días.

Y España, entonces, cubría el frente mundial de las armas, pero también cubría el frente de las almas. Estaba en Flandes frente a los herejes y en Lepanto contra el Islam; y en América abriendo paso a la Catolicidad por las selvas del verdor tropical o las de la supersticiosa idolatría; en el Pacífico abriendo rutas de navegación y en la India y la China, con la «divina impaciencia» de San Francisco Javier.

Pero estaba también en las Universidades y en el Concilio, en las imprentas y en las plazas —esas plazas policromas en que el fraile y el capitán, el artesano y el escritor alternaban en diálogo de tantas novedades— en todos los sitios donde se notaban el torcimiento espiritual del mundo y los rumbos inciertos de las almas.

España, centinela en armas, era también centinela de ese inquietante bullir de las conciencias que se inició en el Renacimiento.

Toda erudición sobra. El vigor de esta afirmación ra-

dica en que es todo lo anterior como resultado y decantamiento de lo más general y elemental de la Historia del siglo XVI. Su quintaesencia.

Pero, bajo la sobrehaz de estos hechos históricos, hay un fondo oculto que conviene sacar a luz, para percibir la transcendencia histórica de la obra de Cervantes. El Catolicismo, a lo largo de la Edad Media, había construido una teoría del saber, o mejor, un espíritu. Podría definirlo aquella bellísima imagen de Alberto Magno: «La vida es la sombra de la Cruz. Fuera de la sombra que la cruz proyecta, no hay propiamente vida; sino muerte del alma».

Como escribió Montero Díaz, «la Edad Media siente, como ninguna otra etapa, la atracción formidable de los valores religiosos».

Mas todo esto cambia profundamente en el Renacimiento, que representa un viraje en redondo. Aunque parezca paradójico, sin dejar de ser un avance, es una regresión. Fuera de todo lo que representa Renacimiento cristiano, el meramente humanista no incorpora, ni asimila, ni hace sustancia propia lo medieval. Más bien lo rechaza, y en este sentido puede afirmarse que retrocede, salta hacia atrás un milenio y busca el entroncamiento con la antigüedad clásica. Esto es un empobrecimiento. Cervantes no caerá en él, porque con una obra de caballería —espíritu medieval, mitad bélico, mitad religioso— hará una obra también renacentista por el estilo, y al unir las preocupaciones e ideas de su tiempo, con la inspiración caballeresca y el estilo clásico, le dará una dimensión integralmente humana, con fuga hacia la eternidad.

Cervantes, desde este punto de vista, se nos aparece ya como genio universal, en su sentido radical y etimológico:

«el genio que hace uno lo diverso». Por la materia de su obra maestra parece un tradicionalista: es caballeresco y medieval; por la forma es de su tiempo; por el empuje con que la realiza, de todos los tiempos. Podrían parecer escritas para él las siguientes palabras de Menéndez Pidal: «Muchas veces la perduración tradicionalista de formas arcaicas trae igual excelencia de resultados renovadores. Notemos que casi toda la gran actividad española de los siglos de oro consiste en la realización floreciente de ideas que en otros países del Norte europeo habían tenido ya su vigor y desarrollo durante la Edad Media, los cuales al ser reelaboradas por España en el ambiente de la época moderna adquirieron novedad y valor inesperados».

Sin duda ocurre esto por la afección de España a los valores eternos, a aquella vida «sombra de la cruz» de que hablábamos. La cultura estaba llena de espíritu de salvación; por ese era tan unitaria, tan universal y tan atrayente. Era, con palabra de resonancia escriturística, sabiduría. San Bernardo había dado su fórmula perfecta: «Muchos desean saber solo por saber; esto es curiosidad torpe. Otros desean saber por hacerse visibles; esto es vanidad ridícula. Otros buscan la ciencia para venderla por dinero, honores, dignidades; esto es comercio bajo. Pero otros desean saber para salvarse a sí mismos; esto es prudencia. Y otros para salvar a los demás: esto es Caridad».

Mas, como escribe Eugenio de Frutos, «a partir del Renacimiento, los valores de la cultura se sitúan en la Europa occidental en primer término. Desaparece en esta concepción la utilización del saber como medio para otros fines, por ejemplo, para conseguir una perfección espiri-

tual religiosa. La cultura se hace fin en sí, con una tergi-versación semejante a la del avaro que acumula dinero para él mismo y no como medio de intercambio».

Cervantes, como hemos de ver, no entró en esta dirección mutiladora de los más altos valores del saber. Español de su tiempo, incorporado y combatiente en las grandes empresas en que España trataba de salvar la totalidad del legado humano —clasicismo, orientalismo, germanismo y, sobre todo, catolicismo— no reniega de nada y a su Heroe —Don Quijote— después de una vida de aventuras y desventuras lo cura y lo salva. Prudencia y caridad, virtudes máximas que señaló San Bernardo —alta cumbre blanca de la Edad Media— como objetivos del saber.

Y así Cervantes, en este momento universal de España, que lo es más que por su presencia física en mares y continentes, por su posición guardiana y vigilante de la Fe y del saber, se levanta epónimo, señero, con inconfundible silueta de hombre universal.

#### IV. EL HOMBRE

No hemos de hacer una biografía que, a plena luz y en el ambiente general de su época, hemos perfilado en libro compuesto con amorosa colaboración. Solo queremos señalar los motivos de la universalidad de Miguel de Cervantes, extrayéndolos de las complejas singladuras de su vida y de los destellos de su alma.

Como su España, Cervantes es universal por su presencia física en los lugares y momentos culminantes de su tiempo y por la fidelísima adhesión a los valores que no

pasán. Es decir: la esencia de su universalidad está hecha de ubicuidad y axiología, de presencias y valores.

La fuerza viva de su genio inquieto, la sed de asombros que es toda gran alma, le llevan a los palacios cardenalicios romanos y a la bizarra, arriesgada y pintoresca vida de los «papagallos»; a las tenebrosas humedades de los baños de Argel y a las aventuras de capitán de evadidos; a los «corrales» del naciente teatro español y a las esferas de pretendiente en el Alcázar real; al tráfigo de las caminos y las ventas y a las soledades de la cárcel; al más alto triunfo de Lepanto y al hundimiento desesperanzado en la miseria. Y todo con los ojos bien abiertos, los ojos de pasmo y admiración que son principio de la sabiduría, y el ingenio convertido en chispa por el choque de la más caleidoscópica realidad con el alma grande y luminosa.

Cervantes es presencia con voz en todos los caminos de su vida. Y como el camino de su vida recorre desde la Roma imperial y pontificia hasta la ergástula de Argel o Sevilla, desde el fragor del combate en el mar hasta la paz de «Esclavo del Santísimo Sacramento» en la Iglesia de los Trinitarios, de Madrid, todas las dimensiones y rumbos de la vida humana se dan cita en este centro de vientos de humanidad que es Cervantes. Y como es grande, es creador, y su voz no es eco reflejado de las cosas, sino forma, rasgo y esencia de lo que hay de universal en la vida.

En el «Ideal de la Hispanidad», el Doctor García Moranté definió la «silueta cervantina» del caballero cristiano. En las líneas ideales de esa silueta filosófica y literaria queda Miguel de Cervantes dibujado como arquetipo de hombre español. Desde el centro mismo de su vida, un

eje diamantino mantuvo siempre enhiesta en las procelas su arquetípica humanidad española. Por eso, en el pensamiento inspirador de su obra total, como ha señalado una reciente interpretación filosófica del Quijote hecha por el argentino Rubio, hay un «construccionismo»; un ánimo de integrar en unidad los afanes dispersos de la vida, puestos en peligro por la enorme expansión vital del Renacimiento.

Esta universalidad que Cervantes tiene como hombre, la proyecta también a su obra de escritor. La vocación de escritor que Cervantes tuvo le llevó a intentar todos los géneros literarios. Mas no sería lógico ni humano buscar en todos idéntica perfección. Ni tampoco Cervantes lo necesita. El genio puede perfilarse en una sola eminencia, a condición, como decía el ingenioso Baltasar Gracián, que sea una «eminencia en lo mejor». Y lo mejor en literatura que es expresión bella de la vida, se determina por una difícil síntesis de facultades intelectuales para comprender, entrañable sensibilidad para amar y perfección estilística para decir. Esta valiosa y rarísima síntesis determinante de lo «mejor» es lo que llevó a Cervantes a múltiples géneros literarios.

Pero pensemos que la vida y la obra son solo exteriorizaciones de una fuerza interior, de ese germen divino, «imago Dei», que llamamos alma. Desde el dintorno misterioso que es toda alma genial, la «torre de Dios» que es el artista creador, se reciben destellos cuando se pulsa el ritmo de la vida o se ausculta el bullir del pensamiento.

Algunos de esos destellos queremos traer aquí, en contrastes sorprendentes, anverso y reverso de un alma compleja, varia y unitaria a la vez: universal. La vida fué, como humana, efímera y peregrina, pero en la obra de

Cervantes se trascendió su vida, porque puso en ella ilusión, coraje, fuerza creadora y fe. Así, lo efímero es vencido y la inexorabilidad del tiempo no hace envejecer. Solo entonces la vida—aun pasada y fenecida, con polvo de siglos y ceniza sobre la tumba—no periclita y se mantiene, como sol en la Historia, en un alto y radioso mediodía. Ya lo escribió Virgilio, feliz intérprete de eternidades. «Cada cosa tiene su día, pero extender la fama con los hechos es obra de la virtud y del valor».

Y Eugenio D'Ors, en una paremia de mármol antiguo ha podido también escribir: «La colaboración del Tiempo con la Heroicidad se llama Nobleza».

Esa nobleza de vida, más grande que la de los blasones y aquella fama eterna de Cervantes—universalidades espirituales—destellan desde el centro mismo de su alma. Las primeras líneas del Quijote nos dan una clave para interpretarla: «En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme...» Esta oración gramatical no es solo, como dicen algunos profesores de Literatura, un recurso literario para envolver en una nebulosa visión poética, inespacial, el vasto dominio de la aventura. A los efectos de la psicología cervantina es una clave. Nos dice que Cervantes poseía el difícil don y la divina gracia de olvidar. El olvido, ese gran sedante, es muchas veces función del tiempo. Otras veces, en las almas grandes, es el resultado de un querer intenso, de una intención limpia y recta. El olvido puede ser una catarsis, una purificación. «No querer acordarse», para decirlo con frase cervantina es en ocasiones el único medio, o por lo menos, la mejor vía para que el rencor no ponga su nido negro en la albura del alma, ni el resentimiento se enrosque como una barroca floración de odios en la flecha tensa de la volun-

tad. Cervantes tenía esa divina gracia del olvido. Tras las caídas humanas inevitables, tras los embites de los hombres y de la vida, Cervantes se erguía, enhiesto, limpio, con un albor rosado de eterno amanecer en el alma, porque «no quería acordarse». Y es que sabía que la ilusión está siempre delante, en las hojas blancas de la vida que no ha llegado aún.

Esto solo puede hacerlo un optimista, un radical optimista, digan lo que quieran los voceros del pesimismo o del sarcasmo cervantino. Es el fruto logrado del «querer olvidar». Pero nada de esto es posible sin una valoración exacta de la vida. En el fondo del alma de Cervantes se espeja una clara jerarquía de valores. La misma que le llevará, después de tantas aventuras de su Don Quijote, a ponerlo en el lecho y darle una buena muerte del cristiano, porque sabe que una de las postrimerías—la muerte—es puerta del cielo: el último destino y definitivo Valor.

Ese gran gustador de la vida y de la belleza que fué Cervantes, sabe, sin embargo, cual es el verdadero gusto: «La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las cuales, el cuerpo, aunque lo sea, no puede parecer hermoso». Por la pureza de la propia alma llega Cervantes a esa honestidad intelectual y estética. Es el contraste: belleza, vitalidad, impulsos, amor a la Naturaleza. Mas cuando puede creerse en un desbordamiento del sensualismo, pues él también gustó a grandes sorbos de la vida, viene la corrección desde el hontanar puro del alma.

¡Contrastes! ¡Y cuántos surgen del alma y la vida de Cervantes! Una pareja de expresiones se repiten a menudo en el Quijote: el «discreto coloquio» y el «maravilloso silencio». Con esa perfección suya, definitiva, en la adje-

tivación ha acuñado dos gemas que brillan una y otra vez en la joya literaria. Pero también son una clave de su alma.

El «discreto coloquio» nos habla de aquella amable humanidad de Cervantes, acercándose a toda clase de gentes, ávido de comunicación, curioso de las almas y de los hechos, con retina prodigiosa que todo lo impresionaba y con facultades expresivas que hermanan la observación exacta, el ingenio agudo y una acogedora y fraterna cordialidad. El «discreto coloquio» nos dice del Cervantes desbordado hacia afuera, en una vida inquieta y multiforme de mil horizontes humanos; pero horizontes siempre de la hidalguía y nobleza de un buen decir, espejo del buen ser.

Y junto a esa extravasación del alma, sobre todo en el tiempo de madurez de la Segunda parte del Quijote, que corresponde al bello ocaso de la vida; el «maravilloso silencio», señalando un objetivo que ansiosamente persigue Cervantes. El adjetivo «maravilloso» tiene trascendencias insospechadas: Lo emplea igual para el silencio de la casa limpia, ordenada, pacífica, ejemplar, del Caballero del Verde Gabán, prototipo de un verdadero hidalgo manchego, que para la Arcadia fingida de pastores y pastoras que encuentra en inocente juego en las cercanías de Zaragoza. La repetición de las palabras cervantinas nos hace pensar en una cualidad del alma de Cervantes. Maravilla es milagro, taumaturgia que no se comprende. «Maravilloso silencio» es quietud para el delirio y sosiego para sentir la fluencia de la vida, sin prisas ni pausas, como el exacto andar de las esferas. Y el alma de Cervantes lo ansía —por eso el escritor lo repite— y sabe que en él escuchará la soledad sonora, que en el ápice de la espiritualidad viven las almas.

Si la vida de Cervantes se alza y se hunde, como un oleaje gigantesco y genial, desde su centro mismo, en expresivos contrastes, los destellos de su alma se unifican en una eminencia inmejorable.

## V. LA OBRA

La obra máxima de Cervantes, el «Don Quijote de la Mancha» responde a esas dos universalidades del momento histórico de España y del genio del autor. Ello se ve tanto en el aspecto literario cuanto en la significación profunda y en la difusión ecuménica de sus personajes.

Literariamente, dice Valbuena Prat «las dos partes del Quijote cervantino, dentro de su esencial unidad, corresponden a dos épocas y dos concepciones estéticas del autor, aunque con el fondo común del asunto y de las dos criaturas centrales de esta creación novelesca: Don Quijote y Sancho. Las dos direcciones de la novela de su tiempo. IDEALISTA y REALISTA, se funden y compenetran en el HUMOR de Cervantes».

He aquí, mirada por lo externo, una primera unificación de la diversidad temática y estilística.

Más difícil es fijar su significación interna. Pemán ha visto bien las fases por que ha pasado la interpretación de Cervantes y, sobre todo, de Don Quijote, como personaje central de su obra entera. Primero fué el libro de la risa, de la facecía ingeniosa puesta al margen de la aventura inesperada. Lo dijo el mismo Cervantes y lo recuerda Pemán:

«Yo he dado en Don Quijote pasatiempo,  
al pecho melancólico y mohino».

Pero al conjuro de la frondosa elevación de sus pensamientos, se le busca un sentido oculto. Y los exégetas decadentes y románticos proyectan su romanticismo y su decadetismo sobre la novela, su autor y sus personajes. Bajo la influencia de los grandes románticos, —Heine, Byron, Turgueneff— que se entusiasman con la figura esculpida e incandescente de pasión de Don Quijote, se despliega la bandera del Don Quijote pesimista; del Don Quijote burla de grandezas; del Don Quijote ejemplo del triste fin de las aventuras; del Don Quijote enseñanza de mediocidad, a fuerza de destacar, en trazos satíricos, la quiebra del temple y de la acción caballeresca. Y entonces empiezan a correr por los caminos del pensamiento, y se abren paso por las mentes españolas, las falsas apreciaciones críticas, los dicerios más repugnantes, las más burguesas y acomodaticias opiniones, porque no en vano el Romanticismo liberal coincide con las Revoluciones burguesas que quieren sustituir el temple corajudo y creador de los héroes por la sórdida avaricia de los banqueros.

El Quijote —dicen— es la salida y la expresión del espíritu español aherrojado bajo los Austrias y el Catolicismo; es la manifestación de un deseo de regreso al hogar, de mediocridad y aburguesamiento. Lo que ellos pensaban, enanos liberales, aunque grandes escritores, se lo cuelgan al Cervantes heroico y español y a su caballero Don Quijote. Y el Quijote es para unos «el libro del desencanto»; para otros, la «rechilla del entusiasmo»; para los de más allá «un alto en la marcha histórica de España», como para Lord Byron «un gran libro que mató a un gran pueblo». Y recogiendo la corriente, y como sintetizándola. Maeztu llegó a escribir en su primera época de noventaiochista e iconoclasta: «El Quijote es el libro de

nuestra decadencia». Y posteriormente, un nieto del 98, Jiménez Caballero, llega a poner el Quijote como antecedente de la literatura española con «atmósfera de hospital».

Para mí no hay duda: Los que han visto así nuestro gran libro no han sabido verlo ni calar hondo en la psicología del Quijotismo ni en la intención de Cervantes. Porque el Quijote no tiene significación si se le amputa el último capítulo: el de la muerte. Y todos estos exégetas se quedan en las ramas de las aventuras o en la hora del vencimiento y regreso al hogar y olvidan la definitiva lección de la cordura del morir cristiano. Mejor lo ha visto Thomas Mann, que se emociona ante la postrera aventura de Don Quijote en el campo blanco del lecho de su tránsito. Y es que se olvida a menudo, en el mundo moderno, pagánizado y existencialista, que no se vive para morir, sino se muere para vivir, y que la derrota y la muerte no son términos, sino principios.

Y entendiendo así el «Quijote», como vida íntegra y paradigma de bien morir —la más bella aventura— no es un libro decadente, satírico ni burlesco; es una lección de universal humanidad.

Yo veo en Don Quijote, en forma de personaje novelesco, un prototipo de hombre, como veían al hombre, con ojos transidos de Escritura, nuestros grandes ingenios del XVI y el XVII. El hombre, peregrino en la aventura de la vida, con la miseria de su incertidumbre, lo inexorable de su fugitividad y lo débil de su inconsistencia. Como lo vieron Quevedo y Jorge Manrique y el autor desconocido de la Epístola moral a Fabio; «sicut nubes, quasi naves, velut umbras...» Y Cervantes lo puso en medio de la vida, entre tipos reales, que por ser esencialmente reales, por

calar hondo en su radical esencia humana —Sancho Panza, el Caballero del Verde Gabán, el Bachiller Sansón Carrasco, el ama, la sobrina... —son a vez tipos ideales y universales. Incluso esa Dulcinea que no existe, que es figura huidiza en la novela y se perfila por ausencias, es también la realidad universal del ser ideal que tiene su propia esfera en la ontología y su vida más bella, pura y palpitante en la ilusión creadora de los hombres.

Y Don Quijote, «el hombre», situado en ese mundo complejo, total, de escuderos, bachilleres, sobrinos, mozas de partido, yangüeses, galeotes y Duques, los va atrayendo con la fuerza de su personalidad; porque él es lo universal, lo «humano» en grado heroico; es el Hombre exaltado a Heroe y todo el «Quijote» es la historia de la conversión al quijotismo de muchos —Sancho Panza, el Bachiller Sansón— o la historia de la burla, de la negación o de la ingratitud de otros. Es decir, para unos, un proceso de quijotización; para otros, un proceso de negaciones. Es esto lo que da a la novela su sentido trágico, pesimista. Pero es que la vida es así, y no hay que buscar pesimismos nacionales ni esteticismos decadentes para explicar el sentido humano de Don Quijote.

Es cierto que Cervantes hizo loco a Don Quijote; pero lo hizo loco con grandeza, para mostrar mejor los efectos de la locura. Y, sobre todo, al final le devolvió aquella sensata y cristiana cordura, para enseñar, ya cuerdo y discreto, su última y más importante lección.

Creemos que Cervantes quiso, intencionadamente, universalizarlo todo. Y puesto que la locura tiene dos dimensiones —la locura ideal y la locura error— en las dos hizo incidir a Don Quijote.

Don Quijote fué obseso de la Caballería, y la Caballe-

ría tenía un substratum y una fuerte dosis de Cristianismo. ¿No llama locos el mundo a los caballeros de Dios que se dan heroicamente en caridad? Son los obsesos del Bien, los apasionados. Y así fué obseso y apasionado Don Quijote. Cervantes agiganta, engrandece y universaliza su noble fondo de hidalgo manchego. Del minucioso cuidado por el humilde y el criado que resplandece en las primeras páginas de la obra, lo lleva a la vindicación general de las injurias; lo amplía al criado de Juan Haldudo, el rico, el vecino de Quintanar. De su pureza y virtud personal le hace proyectar limpieza de alma y cuerpo para ennoblecimiento y purificación de las dos mozas de partido Doña Tolosa y Doña Molinera. Del amoroso cuidado por la joven sobrina llegaremos también a la defensa de la hija de Doña Rodríguez contra el lacayo Tosilos.

También en los episodios de la otra locura, de la locura fantástica que induce a error y es confusión de ideas y principios, equivocación en la estimación y valoración de los hechos, Cervantes amplifica y universaliza. ¿No representarán los molinos, entonces estupenda novedad, el avarice de una técnica que se adivinaba sin alma; o el ataque a los rebaños la manifestación del odio popular contra los abusivos privilegios de la Mesta?

Hay una de estas aventuras de la locura-error que se presta a una singular meditación. Es la de los galeotes: una lección de ingratitud, pero todavía más, una lección de alta moral y de profundo derecho. Don Quijote cree hacer justicia liberando a los forzados. Justicia, es decir, una virtud. Pero las consecuencias, entre los rasgos de humor de la aventura, nos enseñan que la virtud es indivisible y que la justicia no puede existir sin la prudencia, la fortaleza y la templanza, como la libertad —esa liber-

tad que él dió a los galeotes— no tiene realidad y eficacia más que en el orden.

Pero Don Quijote, de estas dos direcciones de su locura, hace una síntesis prodigiosa, un alto, cuerdo y sabio pensamiento de unidad. Ya lo observó el Caballero del Verde Gabán. Fuera de lo tocante a aventuras y Caballería, Don Quijote discurre como el mayor cuerdo. En el discurso de las bellotas añora un mundo de paz, una «dichosa edad»; en el de las Armas y las letras, las armas se justifican solo por la paz y el orden que únicamente ellas pueden garantizar; y en el centro mismo de su locura —Dulcinea— su corazón solo tiene el blanco de la pureza y la fidelidad para la tensa flecha de su voluntad enamorada.

Porque hay que proclamarlo frente a las interpretaciones del Quijote como libro de pesimismo y decadencia. Si en Don Quijote hay locura, tiene siempre un contrapunto de cordura que llega a las altas cimas de la sabiduría, entendida en aquel excelso y egregio sentido de San Bernardo. Una cordura que se justifica y triunfa con la muerte. Pfandl y Wordswoth, escribiendo sobre la cordura de Don Quijote, han llegado a comprenderlo y admirarlo, como lo hacen en el libro Sancho Panza y los cabreros y el Caballero del Verde Gabán.

Nosotros queremos todavía explicar, en breves palabras, cuales son las fuentes de su cordura: su ser y su saber, que fueron —¡cómo no!— los mismos de Cervantes. Su ser: la hidalguía, nota tan distintiva que le acompaña desde el título. Don Quijote es «el ingenioso hidalgo». Pero el hidalgo es, aunque hijo de su extirpe, o precisamente por serlo, más aun hijo de sus obras, como el mismo Cervantes dice. Hidalguía es caballerosidad y vir-

tud, herencia de un nombre y conquista de una fama, porque «el nombre se hereda y la virtud se aquista». La cordura de Don Quijote tiene esta raíz humana de la hidalguía, que es caballería virtuosa.

Su saber: Cervantes nos pinta al hidalgo leyendo día y noche libros de caballerías; pero esto fué al final, en época antecedente de su locura. Antes había sido aficionado a la lectura e hizo —como debe hacerse— un gran sitio a los grandes textos, que dice Maurois. Y le vemos nutrido de clasicismo, que es la razón descubriendo las grandes verdades y de saber eclesiástico, que es la religión desvelando y revelando los grandes misterios.

Por eso, en la difícil encrucijada de teoría y práctica, arte y ciencia, persona y sociedad, en la política que Aristóteles llamó la más ardua de las ocupaciones humanas, Don Quijote acierta con toda plenitud. Su pensamiento, ampliamente expuesto en los consejos a Sancho, no son utopías rebeldes ni herejías ucrónicas. Son verdades universales que partiendo del conocimiento y temor de Dios y del conocimiento propio y el del hombre, despliegan el abanico de la prudencia, la justicia, la fortaleza, la templanza y entroncan en la doctrina jurídica tradicional de España que va desde San Isidoro de Sevilla a la gran escuela de Vitoria, Soto, Suárez y Menchaca, en el siglo XVI.

Y si por lo que tiene de individual los tipos en torno a Don Quijote son tan reales como la misma vida y Don Quijote es arquetipo de «humanidad», por lo que tiene de social y político, aunque en unas páginas incidentales, su universalidad no es menos patente. Porque lo universal no es forjar abstracciones a lo Rousseau o a lo Cabet, sino hacer incidir en un mundo humano imperfecto, pero

perfectible las condiciones ideales de coexistencia y cooperación entre los hombres.

Yo veo el Quijote sobre este fondo de humanidad total. Demasiado grande para que sea el libro de la decadencia española. Nada de un alto en la marcha histórica de España. El genio andariego de Miguel de Cervantes puso a su caballero Don Quijote una espuela para que fuese constante acicate de la Humanidad en su peregrinaje hacia el único Destino cierto, más allá de las procelas de la aventura y del sosiego de la cultura.

No hay una última salida de Don Quijote. Cada día sale por su trascorral en busca de una belleza ideal, de un noble esfuerzo que hacer, de una justicia que imperar. Pero más importante todavía es que cada jornada muere y enseña a morir ganando una última batalla que, por hacerlo eterno, lo hace universal.

Ciudad Real 20 de junio de 1948.

